



Una comisión para negociar: de izquierda a derecha: Joaquín Satrustegui, Jordi Pujol, Antón Canyellas, Tierno Galván, Fernández Ordóñez, Sánchez Montero, Enrique Múgica y Julio Jàuregui.

Cuestiones periféricas

El suarismo y Catalunya

La frustrada visita del presidente Suárez a Barcelona en vísperas del referéndum del día 15, iba a culminar quince días de frenética dedicación catalana por parte del poder. Todo empezó el día en que el excelentísimo señor gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, señor Sánchez Terán, empezó a hablar en catalán en Villanueva y Geltrú. Primero pudo pensarse en un milagro de la Naturaleza; después, en un prodigio de reencarnación. ¿Fue catalán el señor Sánchez Terán en alguna encarnación anterior? Probablemente, el señor gobernador civil se llevara la penúltima motivación de tan extraordinario prodigio.

Mas hubo otros signos en los cielos de que grandes prodigios se avecinaban. Suárez convoca en Madrid a todos los partidos políticos catalanes situados entre Pinto y Valdemoro: es decir, entre don Alberto Rayuela y don Gregorio López Raimundo (tradúzcalo al castellano: Blas Piñar y Santiago Carrillo). Tanto la derecha recientemente civilizada, como la civilizada y la media docena de socialismos de última hora y de toda la vida, acudieron a Madrid a hablar con Suárez antes del referéndum del día 15. El objetivo de Suárez estaba claro: demostrar al electorado catalán que el Gobierno reconocía «de facto» a la oposición catalana, salvo a los comunistas, que él cuelga a su izquierda. En cambio, los objetivos pretendidos por la oposición, al regalar atributos democráticos al Gobierno antes del día 15, siguen siendo un misterio casi tan hondo como el de la súbita conversión lingüística de Sánchez Terán.

No son éstas todas las maravillas. La publicidad referendunmera en catalán se ha basado en «slogans» tan curiosos como: «Som i serem si volem» («Somos y seremos si queremos»), basado en uno de los versos de La Santa Espina: «Som i serem gent catalana tant si es vol com si no es vol» («Somos

y seremos catalanes, tanto si quieren como si no»). La Santa Espina fue un himno prohibidísimo, y aún hoy se receta con cuentagotas. Otro «slogan» era: «Ara sí» («Ahora, sí», o mejor, traducirlo: «Esta vez, sí»), porque éste es su significado real. Es decir, un Gobierno de hijos espirituales de Franco propone que esta vez sí; las anteriores, no; bueno, concedido, pero esta vez sí. Programas electorales en catalán. Figuras catalanas, que opinan sobre esto y aquello. El prohibidísimo programa de Lluís Llach, detenido durante dos años, de pronto su programa para toda España en la noche del sábado. Hablan Carulla (el de los caldos concentrados y el del Omium cultural), Samaranch, Pujol... un auténtico desmadre de catalanidad, en el que lo más auténtico fue la respuesta de un viejo cochero mallorquín al locutor de Televisión Española:

—¿El referéndum? Una comedia. Todo es una comedia.

—¿Votará usted?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana —dijo el viejo, con una impertinencia que sólo puede permitir quien está en la octava juventud.

Y como de eso se trata, Suárez, en Barcelona, iba a reconocer cierto tipo de cooficialidad. El mismo hombre que negó hace pocos meses la capacidad del catalán como idioma científico, ahora pasa la bandeja electoral y a cambio da la estampita de la cooficialidad. No sé quién dijo de la política que era el arte de lo posible. El delincuente histórico que puso en marcha esta frasecita ha sido éticamente superado por la política de «travestis» que se impone día a día. La política es la ciencia y la técnica de violar con anestesia. La catarata publicitaria televisiva que el Gobierno ha montado sobre Catalunya no ha convencido a nadie, pero ha lle-

gado a miles de catalanes. No ha importado que los programas pusieran en peligro los ahorros energéticos. Se ha demostrado que tal vez España no pueda derrochar energía, pero el Gobierno Suárez, sí.

O catalanizarse, o morir. Tras el ejemplo gubernamental, ha dictado el señor Samaranch, al que más tarde pasará a llamar Samaranz, por el poco uso que ha hecho de su catalanidad durante los años en que del brazo del marqués de Villaverde trató de conquistarse un espacio político en la capital del perreino. El señor Samaranch, o Samaranz, pronunció un discurso en Manresa, en el que anunció la conformación de una nueva fuerza política de gente tan agradecida como avisada: no reniegan del pasado, pero asumen al catalanismo como si fuera el último tren de Gun Hill. La carrera política del señor Samaranz empezó en las escuelas falangistas, continuó en las filas del equipo de hockey sobre ruedas del Real Club Deportivo Español y luego saltó del trampolín deportivo al político, sin que hasta ahora haya dado la menor señal de estar políticamente alfabetizado. A personajes de este cuño sería conveniente verles en el programa Un, dos, tres..., contestando por cinco duros a la pregunta: **Catalanes encarcerados por cuestiones políticas en el período 1939-1976, mientras usted estaba de besamanos en el Club Puerta de Hierro, o declarando su inquebrantable adhesión al sistema político más anticatalán de toda la Historia.** O bien demostrarían su ignorancia de cómplices, o bien se forrarián demostrando su sabiduría, igualmente cómplice.

Lejos del territorio de los «travestis», la oposición de toda la vida prepara las exequias fúnebres del Consell de Forces Polítiques y una batalla a fondo en el seno de la Asamblea de Catalunya. Recapitulemos las posiciones: la derecha

democrática sigue viendo con recelo la plataforma unitaria, en la que tienen la hegemonía los partidos de izquierda y el movimiento popular; el PSUC y el PSC necesitan de la Asamblea por su poder de convocatoria, por su capacidad de movilización, pero contemplan con un cierto disgusto cómo la Asamblea puede ser instrumentalizada por el izquierdismo maximalista; las organizaciones asamblearias situadas a la izquierda de los comunistas, o en plena radicalidad nacionalista (Moviment Comunista, o PSAN, por poner dos ejemplos) son conscientes por su parte de que en la Asamblea siempre serán más fuertes que en cualquier otra instancia unitaria y prometen defender hasta el fin el compromiso adquirido por los cuatro puntos programáticos. El día 19 llegará la hora de la verdad. Se reñirá una seria batalla para verificar la correlación de fuerzas dentro de la Asamblea, y que nadie se extrañe si piden carnet de identidad política a todos los que están, ya que, al parecer, no son todos los que están.

Es decir, las fuerzas políticas más organizadas y cuajadas sospechan que detrás de muchas siglas adheridas a la Asamblea sólo hay cuatro gatos y mucho voluntarismo. Según esta tesis, la Asamblea podría falsificar sus objetivos si se deja arrastrar por el maximalismo de los grupúsculos.

Y esta es la tesis hegemónica en los momentos actuales, cuando faltan siete días para el 19, y todas las organizaciones preparan su gran debate de la Asamblea plenaria. Especial plano el tema del primero de los cuatro puntos, y luego, negociar con el Gobierno o negociar de cara a unas elecciones, que pueden acercar a esos cuatro puntos, y el estatuto catalán con ellos. No es una cuestión meramente formal, porque abarca un punto de partida fundamental: o se da por asumido que el suarismo representa ya una cierta ruptura **malgré lui**, o se insiste en contemplar a la oposición como un ariete contra la fortaleza de Franco, pero defendida y enterrada a cal y canto por el suarismo. Definirse con respecto a esta cuestión puede repercutir en el equilibrio interno de las instancias unitarias y replantear alianzas y desalianzas. Es decir, una nueva apreciación de la correlación de fuerzas entre el Gobierno y la oposición, repercute en la correlación de fuerzas en el seno de las instancias unitarias.

Sé que podría ser mucho más claro, pero aún me quedan unos treinta o treinta y cinco años de vida profesional, y tal como está la política, la verdad o la mentira, lo correcto o lo incorrecto, son categorías tan fugitivas como las aguas de los ríos. Además, está de por medio el referéndum, la resolución del pulso Carrillo-Martín Villa y las dramáticas consecuencias que puedan derivarse del secuestro de Oriol y Urquijo. Sin excluir la posibilidad de que Suárez, cuando venga a Catalunya, diga: «El president de la Generalitat sorcjo» («El presidente de la Generalidad soy yo»). ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.